Gracias á sus esfuerzos casi sobrehumanos, poblaciones enteras arrancadas á los antros de las montañas y á las sombrías y recónditas moradas de las selvas, vinieron á formar pequeñas colonias, donde se vió florecer el cristianismo, fresco y puro como en los tiempos de la primitiva Iglesia.

Aquellos ministros del Evangelio que enriquecieron con una multitud de descubrimientos preciosos, la botánica, la historia y la geografía, se hacian artistas, y tambien artesanos, para instruir á sus neófitos y guiarlos así por la senda de las artes como por la de la salud espiritual. Vióse entonces á ignorantes salvajes que poco antes se sentaban á un festin de carne humana, tomar el compás del arquitecto, el cincel del escultor, la paleta del pintor, y elevar con sus manos templos á Dios y capillas á la Vírgen sin mancha. El rezo del rosario era el ejercicio piadoso que mejor podia adaptarse á un pueblo que tenia que ocuparse de la caza. Así es que al declinar la tarde, cuando la sombra de los tuliperos y de las magnobias se prolongaba en la llanura ó en la sabana, habriase oido la Salutacion Angélica, repetida en el idioma de las selvas sobre todas las colinas americanas. María era la madre del salvaje como del europeo; y no se la invocaba con menos ternura y religiosidad en el templo todo resplandeciente de oro, que los conquistadores españoles le habian erigido en México y en el Perú, que en las iglesias campestres que los piadosos misioneros le habian dedicado bajo los títulos de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora de los Dolores, en las márgenes del rio de las Amazonas ó en las riberas esmaltadas del Hurón.

La América no fué el término de las conquistas de los servidores de Dios y de María: ellos esplorarón tambien las regiones abrasadas del Africa, y convirtieron á los príncipes negros de la Guinea y del Monomotapa, penetrando al mismo tiempo con su pacífico estandarte en el reino de Ceilán, en la Península de la India, en el Japon y en la China, adquiriendo en todas partes nuevos triunfos para la Iglesia; y en todas partes la imágen de Nuestra Señora fué tratada con veneracion y favor. Las mujeres mongolas se inclinaban delante de la Madre de Jesus, y le llamaban la Santa, la gloriosa María: el príncipe de Cachemira le enviaba cirios y otros presentes; el gran Lama le hacia erigir una iglesia bajo el título de la Anunciacion. Las damas nobles de la China le ofrecian flores y perfumes; y los japoneses que pagaron, ¡ay! bien cara su enérgica adhesion á la fé verdadera, rezaban con sus largos rosarios de cristal, atravesando las calles de las ciudades idólatras llenas de bonzos y de paganos (1).

Estos triunfos obtenidos en tierras tan lejanas, no fueron los únicos que vinieron á consolar á María de los ultrajes del protestantismo. No bien Calvino habia descendido á la tumba, cuando fué ganada por los españoles la batalla naval de Lepanto, en que quedó humillada la media luna ante el estandarte de la Santa Vírgen (2). Juan Sobieski hizo igualmente homenaje á la Madre de Dios de su célebre victoria obtenida sobre los turcos en el sitio de Viena; y su primer cuidado al entrar en la ciudad libertada, fué ir á prosternarse *con la frente en la tierra* ante el altar de Nuestra Señora, donde él mismo cantó un *Te Deum* en accion de gracias. El magnífico estandarte de los mahometanos fué enviado á Nuestra Señora de Loreto (3); y el héroe se reservó para él un trofeo que le pertenecia, dijo, mas que todos los demas: era un cuadro que denotaba ser muy antiguo, y que se habia encontrado entre las ruinas de la aldea de Wishau. Veíase en él á Nuestra Señora, cuya corona estaba sostenida por dos ángeles, que llevaban en sus manos unas cintas flotantes con estas inscripciones latinas: *In hac imagine Mariæ, vinces, Johannes.*—*In hac imagine Mariæ victor era, Joannes.* Juan, por esta imágen de María, vencerás.—Por esta imágen de María, yo, Juan, seré vencedor.

Esta imágen fué mirada como milagrosa: Juan Sobieski la destinó á su capilla real de Solkiew, y desde entonces la llevó consigo á todas sus campañas.

En 1647, el emperador Fernando III se consagró solemnemente con su familia y su imperio á la Reina del cielo. Una alta columna fué levantada en la gran plaza de Viena en honor de la concepcion inmaculada de la Vírgen María, y su estátua, con la luna bajo de sus piés, hollando con uno de ellos la cabeza de la serpiente, fué colocada en lo alto de la columna.

El calvinismo agitaba siempre á la Francia, y su soplo helado y mortífero penetraba en las masas: estinguíase de un modo lento, pero fatal, el sentimiento religioso; porque los temas insolentes y las bufonadas impías, hacen siempre el peor efecto; que no razona su creencia, y la pierde ó la recobra segun los medios que se emplean y los argumentos que mas cautivan su atencion. Las iglesias y los altares derruidos habian perdido ese santo prestigio que dan la pompa y los homenajes tradicionales. Las imágenes de María despojadas de sus adornos y derribadas de sus pedestales, se levantaban tan pobres, que el corazon se comprimia al contemplarlas, y los piés se alejaban sin quererlo de sus santuarios. El clero calumniado, arruinado, envilecido, no se reemplazaba ya sino con hombres del pueblo que le menospreciaban, porque el pueblo que no tiene en consideracion el nacimiento, jamas respeta á sus iguales. En fin, las abadías puestas bajo el pié de asociacion para sostenerse, pertenecian á hombres de guerra que se encargaban de colocar en ellas superiores cuyo papel se limitase al de intendentes de las privaciones de una comunidad, que no debia ya aplicar sus economías al uso de los pobres, sino al del capitan ó del cortesano, que era el abad asociado. Tan deforme irregularidad que sin el auxilio de

1 *Cartas edificantes.—Anales de la propagacion de la fé.*

2 El papa habia mandado esta bandera bendecida á D. Juan, que la mandó poner sobre su bajel almirante.

3 El largo de esta bandera era de doce piés, sobre ocho de ancho. La orilla verde y el fondo encarnado. Era de paño, los adornos estaban bordados de plata, las inscripciones árabes en letras de oro. En medio de esta bandera musulmana, que el héroe polaco depositaba á los piés de la Vírgen, se leian estas palabras: "No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta." [Véase *Historia de Polonia*, por Leonardo Chodzko.]

las revoluciones, hubiera hecho al fin caer todos los monasterios de Francia, duró hasta el tiempo de Enrique IV (1); á pesar de las justas reclamaciones del clero, no vino á terminar sino hasta el reinado de Luis XIII. Desde Luis XI hasta este príncipe, es necesario detallar los hechos que testifican la veneracion de los reyes por la Santísima Vírgen. Luis XII hizo la peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; y Enrique III envió allí al duque de Joyeuse con un cortejo magnífico, para ofrecer presentes y hacer un voto á la Santa Imágen. El mismo príncipe al hacer la fundacion de la órden del Espíritu Santo, designó como un artículo de los estatutos, el que *cada caballero estaria obligado á rezar todos los dias una decena del rosario.*

Hácia el fin del siglo XVI se ayunaba todavía en toda la Europa católica, la víspera de las fiestas de la Santa Vírgen, y ninguno se esceptuaba de esta práctica religiosa. Los licenciosos capitanes de Cárlos IX y de Enrique III, rechazaban con calor la imputacion de que habian violado la abstinencia en la vigilia de la Asuncion de Nuestra Señora: de algunos que lo habian hecho por inadvertencia atravesando la Italia, uno de los historiadores menos escrupuloso de su tiempo, juzgó, sin embargo, prudente, callar sus nombres "*por respeto á su buena fama;*" y protesta, que "aquellos gentiles hombres estaban del todo *ignorantes* de la fiesta del dia siguiente."

El culto un poco abandonado de María, se volvió á levantar majestuosamente en tiempo de Luis XIII. Este príncipe, para dar gracias á la Vírgen por las ventajas que habia alcanzado sobre los protestantes, y obtener por su intercesion una paz gloriosa con las potencias de Europa, que le hacian la guerra, declaró en un edicto espedido en San German en Laye (10 de Febrero de 1633), que: "tomando á la Santísima y gloriosísima Vírgen por protectora especial de su reino, le consagra particularmente su persona, sus Estados, su corona y sus súbditos, suplicándola defendiese á la Francia contra el poder de todos sus enemigos, ya fuese en la paz, ya en la guerra." Y para conmemorar esta consagracion, Luis prometió hacer reedificar el altar mayor de la catedral de Paris, y colocar allí una imágen de la Vírgen, teniendo entre sus manos *á su precioso hijo descendido de la cruz*, y haciéndose representar él mismo á los piés del Hijo y de la madre, como ofreciéndoles su cetro y su corona.

Quiso ademas que todos los años se hiciese en el dia de la fiesta de la Asuncion, una conmemoracion de su edicto durante la misa mayor, y que despues de vísperas se hiciese una solemne procesion, á la cual debian asistir todas las corporaciones soberanas y y todos los magistrados de las diversas ciudades de Francia.

Luis XIV heredó de su padre la devocion á la Vírgen Santísima. El fué quien en 1723 hizo ejecutar por Coustou el grupo que se conoce con el nombre del *Voto de Luis XIII*, así como las dos figuras en mármol, colocadas á los lados, y que representan á Luis XIII y á Luis XIV ofreciendo sus coronas á la Vírgen. Este último príncipe donó á la iglesia de Boloña la suma de 12.000 libras para cumplir el *ex-voto* de oro que los reyes de Francia desde Luis XI ofrecian á la Vírgen á título de homenaje. Propagó con todo su poder el culto de la Concepcion Inmaculada, y obtuvo en 1657 del papa Alejandro VII una bula que Clemente XI confirmó en 1668, para hacer celebrar esta fiesta en su reino: ademas, á ruego suyo concedió el papa indulgencias en el rezo del *Angelus.*

Quiso recibir la confirmacion el dia de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima; y este hecho está testificado por esta inscripcion de la capilla del Louvre.

HAC SACRA DIE INMACULATÆ CONCEPTIONIS,
LUDOVICUS XIV REX,
SUSCEPIT HIC SANCTISS. CONFIRMATIONIS SACRAMENTUM

Y debajo se lee esta otra:

INMACULATA DOMINA, SALVUM FAC REGEM.

Luis XIV heredó de su madre Ana de Austria una grande veneracion por Nuestra Señora de Lieja; él fué allí en 1652 y en 1673, y dos veces con la reina en 1680. María Teresa la piadosa española, aquella reina que no causó jamas á su real esposo *otro disgusto que el de su muerte*, fué tambien á aquella iglesia en 1677 y en 1678.—Despues de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas, en los principales altares dedicados á la Santísima Vírgen.

Cuando el tratado de los Pirineos, envió sus acciones de gracias acompañadas de ricos dones á Nuestra Señora de Chartres, á Nuestra Señora de Loreto y á Nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, lo mismo que su padre Luis XIII, pertenecia á la cofradía del Escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. Admitido un dia el padre de la Rué á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario, formado de gruesas cuentas. Manifestando el padre una gran sorpresa, acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos; "no os cause sorpresa esto, dijo el rey; yo me vanaglorío de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiria mucho faltar un solo dia á ella."

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca, con su rosario en la mano, y nadie encontró digna de objetar esta accion.

Poníase entonces, segun una antigua costumbre, un magnífico rosario y un devocionario de *Horas de la Vírgen* en el canastillo de las desposadas. Esta costumbre permaneció hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII habia tomado la Rochela, el último baluarte del catolicismo en Francia. Luis XIV aniquiló á esta herejía turbulenta con la revoca-

1 *Véanse las memorias de Jacobo Sobieski.*

cion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido censurada con términos muy amargos. Ha olvidádose, sin duda, que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles, que no se avergonzaron de llamar en su auxilio á los ingleses.

Luis XIV, el mas grande monarca de su siglo, espiró murmurando con sus lábios moribundos el *Ave María* que habia repetido con voz firme muchas veces, mientras que rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

CAPITULO XIII.

LOS TIEMPOS MODERNOS.

Del seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia de tierra con el dulce perfume del naranjo, se eleva una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, los bosques de pinos, y las colinas sembradas por enormes castaños, harian pensar que era una comarca de la Suiza, si sus frondosos ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus selvas de olivos gigantescos y sus ruinas romanas, no proclamasen una tierra de Italia. Aquella isla es el país natal de Paoli, el patriota eminente, y de Napoleon, el grande emperador; es, en fin, la Córcega, que forma hoy uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso. Adherida profundamente al catolicismo y en todo tiempo pura de toda herejía, ella es recelosa hasta el estremo sobre todas las cosas que tocan al honor, y olvidando el divino precepto que prescribe el perdon de las ofensas, se hace justicia por sus propias manos, y despues de siglos venga la afrenta con el asesinato.

Al primer aspecto de este país que tan civilizado como se conserva, es un no sé qué de perfume salvaje, se reconoce que está habitado por un pueblo esencialmente devoto á la Vírgen Santa. Su imágen se eleva á la entrada de las aldeas, en los lindes de los caminos, á las orillas de las fuentes, en lo alto de los promontorios, y en medio de los bosques de naranjos que se estienden á lo largo de las costas. Las cercanías de Bañia, de pequeñas y graciosas capillas á la italiana, están dedicadas á la Anunciacion, á la Visitacion, ó á Nuestra Señora del Buen Consejo. En los dias de estas fiestas, que llegan en la primavera ó en el verano, se despuebla la ciudad para ir á visitar á las Madonas, á cuyas capillas se va por senderos olorosos y bordados de flores. Despues de haber rezado á la Vírgen, cada familia se sienta á la fresca sombra de corpulentos árboles, y se entrega á una alegría modesta, haciendo una colacion campestre.

La Córcega tenia en un tiempo muchas catedrales, de las que la mayor parte se consagraron bajo el título de la Asuncion: ahora la fiesta mas solemne de María, es la de la Concepcion inmaculada. Precédela una novena; y el sonido de las campanas y las salvas de los morteretes la anuncian: los navios están empavesados; el pavimento de las calles está regado de mirto; una procesion solemne en la que los cofrades de la Concepcion, en trage de penitentes y con antorchas de cera en las manos, conducen á la imágen de la Vírgen adornada de una corona de plata, de collares de piedras preciosas y de brazaletes de oro, recorre las calles de la ciudad poblando el aire, en el que entre las blancas nubes del humo de los incensarios, se ven caer las flores que arrojan los niños y las damas desde las ventanas, y se oyen los alegres y armóniosos ecos de una música militar. Al mismo tiempo, los altares de María cargados de una profusion de flores, proyectan sobre las baldosas sagradas la claridad de sus mil luces; es una fiesta verdaderamente cristiana por los transportes del sentimiento religioso y las emociones de un gozo espansivo.

En los campos el cura, el vicario, ó simplemente el mas anciano de la aldea, rezan todas las tardes un rosario á la hora del crepúsculo, en que las campanas tocan *la agonía del dia que se estingue* (1). Algunas veces se entrevee en nebulosa lontananza, y sobre la punta de una quebrada roca, una sombría figura apoyada sobre su carabina, es un proscripto que aventura su vida para unirse á la oracion comun; porque la Madona es la última esperanza de estos hombres fogosos, pero creyentes, que llevan sobre su pecho, y que no piden en su nombre á los pastores sino un poco de leche y un pedazo de pan negro para sostener su miserable ecsistencia. No hace aun mucho tiempo en que un jóven corso, compañero del célebre bandido Santa Lucía, defendiendo su vida, solo ya y herido, contra los soldados de un regimiento de línea y una nube de gendarmes, invocaba á la Vírgen en esta lucha desesperada, en tanto que sus parientes, sus amigos, de rodillas al pié de la roca que le habia servido de último asilo, rezaban por él las oraciones de los agonizantes. "Todo hacia creer, dice el que refiere esta escena conmovedora, que el último pensamiento de aquel desgraciado se habia elevado á Dios, porque se le encontró con una pequeña medalla de la Vírgen que estrechaba en la mano, mientras que sus parientes y amigos rogaban por él."

El 30 de Enero de 1735, la nacion reunida por comisiones para darse un gobierno nacional, despues de haber sacudido el yugo de la república de Génova, eligió por reina de la Córcega á la Santísima Vírgen, empuñando su bandera hasta en los postreros combates de su jóven libertad moribunda. Los dos Paoli, Pascual y Clemente, dos grandes capitanes, ambos tiernamente devotos de María (2), hicieron respetar hasta lo último aquella

1 ..... *Squilla di lontano*
Che paila 'l giorno pianger, che si muore
(Dante *Purgat.*, *lib.* 8.)

2 Viage en el Finistere.

santa bandera. Clemente, de quien la historia habla tan poco, pero al que recuerda la tradicion local, siempre hacia rezar el rosario *de rodillas* á sus soldados antes de entrar en batalla. Admirados algunos ingleses de esta costumbre, le hicieron observar en varios encuentros que el enemigo avanzaba sobre ellos, y que sus soldados prosternados no podrian defenderse. "Dejadlos orar," milores, respondia Paoli con una voz marcial y acentuada. Concluida la oracion, los corsos se levantaban como leones, y no cejaban un solo paso, una sola línea; porque los soldados que oran no saben huir; los vendeanos enseñaron esto á la república francesa.

Pascual Paoli hizo construir dos capillas á la Santísima Vírgen: la una en Pastorecia, cerca de *Ponte Nuovo*, teatro de la sangrienta batalla que vió perecer la nacionalidad de la Córcega, y en la que un gran número de sus parientes, que eran tambien nuestros, perdieron la vida: la otra en Morozaglia, donde se levantaba su castillo de gentilhombre corso. Durante su destierro fabricó é hizo edificar otra en Inglaterra.

Desde el tiempo del rey Teodoro, el consejo nacional hizo grabar en el exergo de las monedas de oro y de cobre, este lema: *Monstra te esse Matrem.*

Napoleon se complacia en decir que la Santa Vírgen era la reina de su patria, y mientras que fué un simple oficial subalterno, manifestó suma devocion por una Madona francesa que se encontraba en el convento de las Ursulinas de Auxona, donde iba á orar frecuentemente. La imágen de esta Vírgen ha sido trasladada á la parroquia donde todavia se la venera.

A través de las saturnales de la regencia y del corrompido reinado de Luis XV, se habia llegado al fin del siglo diez y ocho, en que la religion habia quedado entumecida y anonadada por el soplo impuro y helado de la mala filosofía. La horrenda revolucion de 1793, vino á derribar á la Vírgen de sus altares y á arrojar á Dios de sus templos. Dióse la órden de cerrar las iglesias, y de destruir cuanto pudiera asemejarse á un simulacro cristiano. ¡Ay! fué en verdad un triste espectáculo el ver caer los calvarios y mutilar las pequeñas estátuas de la Vírgen, que se abrigaban bajo los verdes ramos de las selvas. En la baja Bretaña, fué donde principalmente la devastacion encontró objetos en que ejercer su impío furor. "Se podria asegurar sin ecsageracion, dice M. Emilio de Souvestre, en su interesante obra sobre los bretones, que en ciertos parajes, nuestros caminos de travesía están empedrados con efigies de santos: es una soldadura completa de cabezas, de cuerpos y de miembros de estátuas cristianas." En aquellos dias se vieron horribles profanaciones, pero tambien se dieron nobles rasgos de consagracion al principio religioso, dignos de los tiempos antiguos. La Bretaña, sobre todo, ofreció una resistencia pasiva, íntima y tenaz, que llegó á fatigar á la persecucion misma: ella no cedia ni á la cólera ni al temor. Al pasar cerca de los nichos vacios ya de sus Madonas, el paisano breton se quitaba triste y piadosamente su sombrero de anchas alas y seguia su camino rezando un *Ave María*. El domingo se sentaba rodeado de su familia á la puerta de su humilde casa, y permanecia en un profundo silencio con los ojos fijos en la iglesia de su pueblo donde tantas veces habia invocado á Jesus y María. "Yo haré derribar vuestros campanarios, decia Juan Bon-Saint-André al alcalde de una aldea, á fin de que no tengais ya ningun objeto que os recuerde vuestras supersticiones de otro tiempo. —Pero os vereis siempre en la necesidad de dejarnos las estrellas, que se ven mas lejos que nuestros campanarios, le respondió el aldeano." Su devocion sin altares tenia algo de entusiasta y de melancólica que se enlazaba simpáticamente con las ruinas religiosas de que estaban cubiertas sus campiñas. La Vírgen que habia desaparecido de sus iglesias campestres, se habia refugiado bajo los techos de paja de las cabañas; leyéndose bajo sus pequeñas estátuas de barro, mas respetadas cien veces que los penates de los antiguos, esta sencilla deprecacion: "¡Santa Madre de Dios, sed la protectora de esta morada!" Y quién sabe lo que hubiera sucedido, si uno de los azules, como llamaban á los soldados de la convencion, hubiera osado romper esta imágen colocada á la sombra del hogar doméstico; porque allí, bajo las cortinas de sarga verde del arrendador breton, habia siempre oculta una vieja carabina, y si la Bretaña es el país de los sentimientos religiosos, es tambien el de los fuertes é inestinguibles ódios. Queda todavia un poco del moho céltico sobre el oro de las virtudes de estas buenas gentes; este pueblo es el único de la cristiandad, que presenta el ejemplo de haber asociado en su espíritu el nombre de la Vírgen misericordiosa á un pensamiento reprobable de venganza, y de elevar por lo mismo, santuarios bajo el título estraño, mas bien druídico que cristiano de *Nuestra Señora del Odio* (1).

Las romerías á la Vírgen Santísima no cesaron en Bretaña bajo el reinado del Terror; únicamente se revistieron en cierto modo, con la forma y la apariencia de las ceremonias de la antigua Galia. Verificábanse de noche, á través de las tierras desiertas, donde los *menhirs* y las encinas del Dios *sin nombre* se manifestaban cubiertas de sus pardos musgos, como enormes fantasmas. Cada peregrino llevaba en la mano derecha un rosario, y en la izquierda una antorcha, y todas estas figuras pálidas y medio cubiertas con sus largos cabellos, ó con bandas que se desprendian de sus gorras blancas, pasaban lentamente entre los matorrales del bosque salmodiando cánticos á la Vírgen Santa. Algunas veces un destacamento republicano emboscado á la orilla de un soto ó tras de un vallado de espinas y de avellanos que se prolongaban sobre un hondo camino, hacia fuego sobre aquella procesion rústica. El paisano breton, no dejaba por eso de volver á practicar algunos dias despues sus devociones pe-

1 Una capilla consagrada á Nuestra Señora del Odio, ecsiste siempre cerca de Tréguier, y el pueblo no ha cesado de creer en el poder de las oraciones que allí se hacen. (*Los ultimos Bretones* por Mr. Louvestre, tom. II.]